

MÚSICA Y FILOSOFÍA

Mtro. Fernando Aurelio López Hernández
Plantel 9 “Pedro de Alba” de la ENP

“Invención de la melodía: supremo misterio de las ciencias del hombre”
Claude Levy-Strauss¹

De entrada, parece conveniente hacer un ejercicio de deslinde propositivo, pues es preciso reconocer que este coloquio nos congrega no para discernir filosóficamente la posible esencia del cine, la poesía, la fotografía, la pintura o la música, sino para intentar trazar puentes entre el arte y la formación filosófica. Digamos, sin embargo, que el arte —por lo menos ciertas manifestaciones del arte clásico, de Homero y Virgilio o de Dante y Cervantes hasta Joyce y Borges, de Leonardo y Rembrandt a Dali; de la polifonía renacentista hasta Mahler y Ligeti—, no puede ser apreciado a cabalidad sin un mínimo esfuerzo intelectual, sin una mínima actitud teórica: la misma que exige el quehacer filosófico. En ambos casos, se pide una cierta disposición que apunta a “dejar de lado” conjeturas del sentido común y roles de pertenencia social, para lograr una auténtica experiencia contemplativa. Lo cual, por desgracia, resulta cada vez más arduo en un ámbito que no motiva la reflexión profunda, la meditación sosegada o el análisis riguroso y que concibe a las manifestaciones artísticas como un fenómeno más del mundo del entretenimiento. En efecto, la trivialización de la cultura es uno de los más importantes retos de la educación contemporánea. Pero el desafío conlleva una dificultad mucho mayor cuando se trata de la música, pues es, prácticamente, omnipresente: se escucha en el metro, en las salas de espera, en los restaurantes o en los centros comerciales, en los aeropuertos y los taxis, en los patios de las escuelas y en las plazas públicas y, por supuesto, en la red; además, por si fuera poco, es posible “almacenar música” en cantidades inimaginables de bytes de información en los dispositivos electrónicos portátiles. En fin, parece obvio y

¹ Citado por George Steiner en *Errata*, Madrid, Siruela, 2000, p., 87.

absolutamente trivial decir que hoy la mejor forma de entretenimiento es la música. Pero, por fortuna, esta concepción no interesa aquí y ahora.

Para dar cuenta del tratamiento filosófico de la música es indispensable remontarse a Platón, quien subrayaba su poder anímico y, por ello mismo, sostenía que era necesario evitar ciertos modos de composición por ser capaces de suscitar estados de humor poco propicios en la formación de los ciudadanos de la república. San Agustín dedicó uno de sus primeros textos filosóficos a la música y, posteriormente, durante la modernidad, la filosofía alemana —desde Kant, Schopenhauer y Hegel hasta Nietzsche—, ha sabido atender el fenómeno musical con solicitud. En el siglo XX la postura filosófica más orgánica sobre la música se la debemos a Adorno; sin embargo, es menester no olvidar que la hermenéutica antropológica de Levy Strauss tiene como elemento sustantivo a la música; Vlademir Jankelevitch suscribe la estrecha relación de la música con lo inefable, mientras que George Steiner, uno de los filósofos de la cultura más importantes del siglo XX, se refiere a ella con provocadora elocuencia cuando dice:

Sólo sé que la música es una condición *sine qua non* de mi existencia. Refuerza lo que creo ser o, más bien, lo que busco en lo trascendental. Es decir, me demuestra la realidad de una presencia, de una “allidad” factual que desafía toda circunscripción analítica o empírica. Esta realidad es a un tiempo tónica, cotidiana, palpable y ulterior. Ejerce sobre nosotros una singular dominación. Ni el psicoanálisis, ni la deconstrucción, ni la posmodernidad han dicho nada revelador acerca de la música. Esto es capital. Estos juegos lingüísticos de desciframiento subversivo, de sospecha, en la estela de Nietzsche y de Freud, son casi impotentes ante la música. Permanecen arrogantemente atrapados en la propia esfera lingüística que afirman relativizar o desenmarañar. ¿Por qué habríamos de tomarlos en serio en el plano filosófico, humano?²

En nuestra lengua, el recientemente fallecido Eugenio Trías escribió dos obras monumentales pero imprescindibles sobre el tema que nos ocupa, me refiero a *El canto de las sirenas* y a *La imaginación sonora* cuyo subtítulo

² George Steiner, op. cit., p. 101.

compartido es “Argumentos musicales”. En ellas hace una prolífica, lúcida y apasionada exégesis filosófica de la música de Occidente. Baste como testimonio el siguiente fragmento:

Es cierto que la música genera en el ámbito selvático del sonido..., un posible cosmos, susceptible de desglose en diferentes “parámetros”. Y ese cosmos posee un *lógos* peculiar, no es reductible al *lógos* específico del lenguaje verbal o de las matemáticas. Ese *lógos* posee la peculiaridad de despertar diferenciados afectos, emociones, pasiones. Constituye, como la matemática, un cálculo; “cálculo inconsciente” llama Leibniz a la música. Pero desprende significación, sentido, como sucede en el lenguaje verbal a partir de una ordenación de la *fone* (fonológica, sintáctica).

Ese *lógos* musical es de naturaleza simbólica. El símbolo es, en música, la mediación entre sonido, la emoción y el sentido. El símbolo añade a la pura emoción... valor cognitivo. La música no es sólo, en este sentido, *semiología de los afectos*... también es inteligencia y pensamiento musical, con pretensión de conocimiento. Pero esa *gnosis* emotiva y sensorial no es comparable con otras formas de comprensión de nosotros mismos y del mundo.³

Me parece que los testimonios anteriores son muestra suficiente para probar que el interés filosófico por la música no debería considerarse como una mera curiosidad intelectual, sino que puede ser enormemente fructífero no sólo para la estética o la teoría del arte, sino para una antropología radical o primera. Sin embargo, puesto que nuestro propósito primordial es más pedagógico que especulativo, apunto ahora, esquemáticamente, algunas posibilidades didácticas de la música en el ámbito de la educación filosófica. La idea es simple, pero provocadora: se trata de proponer a ciertas obras musicales como elemento sustantivo de contextualización a partir del cual sea posible atender, estudiar o discutir temas considerados de interés filosófico. Los modelos que siguen no pretenden exhaustividad, ni definitividad, ni pueden ser tomados unívocamente;

³ Eugenio Trías, *El canto de las sirenas. Argumentos musicales*, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2007, p., 19

caen, en todo caso, en el enorme ámbito de posibilidades expresivas y cognitivas de la música.

1. Más que canto gregoriano, creo que la obra de “polifonía infinita” *Spem in alium* del compositor inglés renacentista Thomas Tallis, podría ser más que elocuente para discutir, por ejemplo, ciertos aspectos del tema medieval, agustiniano y eckhartiano, sobre la presencia de Dios en el interior del alma.
2. Antes de leer la *Oración sobre la dignidad del hombre*, de Pico de la Mirandola, en el que se hace una apología sobre la libertad creadora del hombre, podría ser de enorme provecho, escuchar el *Orfeo* de Monteverdi, creador de un género musical que con Wagner llegó a ser inconmensurable: la ópera.
3. En la *Apología*, Sócrates declara que sobre la muerte no podría decir si es el peor de los males o el mejor de los bienes. Pues bien, las misas de *Requiem* de Mozart, de Faure, de Brahms, de Verdi o de Ligeti, muestran, ciertamente, opiniones sobre la muerte que no sólo son relevantes por sus condicionamientos históricos y estéticos —pues van del clasicismo y el romanticismo hasta las vanguardias experimentales—, sino porque, tienen cierto poder para develar el misterio de la finitud o trascendencia del hombre.
4. ¿Sería posible, tomando en cuenta la cercanía biográfica, que la teoría fichteanana de la subjetividad, pudiera “escucharse” en el ciclo de canciones de Schubert llamado *Viaje de invierno*?
5. Otra cercanía biográfica circunstancial, en este caso entre Beethoven y Hegel, revelaría también, un asunto interesante. ¿No hay rasgos dialécticos (por la yuxtaposición de los temas de los tres primeros movimientos en el cuarto) en la 9ª sinfonía?
6. Se ha dicho que la música de Bach testimonia de una manera paradigmática la espiritualidad protestante (recordemos que Kant era pietista); pero también se ha dicho que la música de Bruckner, más que religiosa es teológica. ¿Es posible mostrar un paralelismo analógico entre la frase kantiana: “Dos cosas llenan mi ánimo de creciente admiración y respeto a medida que pienso y profundizo en ellas: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí” y

las Pasiones de Bach? ¿Hay vestigios de la arquitectura argumental de las vías tomistas para demostrar la existencia de Dios en las sinfonías de Bruckner?

7. Los mayas han estado de moda últimamente. Sin embargo, desde antaño historiadores y antropólogos han discutido con amplitud las que razones explican el deterioro de su grandeza cultural. Pues bien, creo que no habría mejor manera de iniciar un curso de filosofía prehispánica que escuchar a Silvestre Revueltas, es decir, su poema sinfónico *La noche de los mayas*. Y luego, ya entrados en ese ámbito y para enriquecer la discusión sobre el mundo precortesiano, se podría felizmente seguir con la *Sinfonía India* de Carlos Chávez.

Los ejemplos podrían seguirse enumerando ilimitadamente; sin embargo, todos ellos exigirían como requisito primordial un escucha atenta y contemplativa de la música, para luego, con licencias analógicas, intentar un posible vínculo filosófico. Aunque, claro está, esa es una encomienda cuyo cumplimiento dependerá del interés de cada quien. En todo caso, si este trabajo, ha podido, al menos, despertar una cierta curiosidad para acercarse a la música no como un mero entretenimiento, me daría por enteramente satisfecho.